

CON EL TIEMPO HE APRENDIDO A INTERPRETAR LO QUE SUEÑA, A INTUIR SUS PROBLEMAS, A ENTENDER SUS DÍAS...

Colmaré todos tus sueños



Comencé a preocuparme la noche que Pablo vino hacia mí, totalmente dormido, me agarró del cuello y casi me estranguló. Se había quedado como un tronco viendo la tele en el sillón, con la cabeza volteada, la boca torcida, los ojos entreabiertos, en blanco, sin pupilas. Enternecida, me acerqué a él; le quité despacio el mando de la mano, le arrojé con la manta, le di mi beso más suave. Entonces, al notar mis labios en la mejilla, mi pelo sobre la cara, yo no sé qué estaría soñando que de pronto se incorporó, abrió los ojos y me enganchó por la nuca con tanta fuerza que a punto estuve de arrancarme la cabeza con sus heladas manos grandes. Aquella vez, por suerte, y a tiempo, despertó.

Hace un siglo que no hablamos del tema, seguro que a Pablo incluso ya se le habrá olvidado que él, tan lúcido de día, por la noche se transforma en el más delirante de los sonámbulos, y hace y dice disparates de los que después nunca se acuerda. Antes solía contarle en el desayuno, entre risas y zumos de naranja, sus andanzas nocturnas: las carreras descalzo por el pasillo, las conversaciones consigo mismo frente al espejo, su manía de meter la cabeza en una funda de almohada, sus maullidos y sus bufidos de gato, increíbles, en las calurosas madrugadas de julio, cuando por el balcón abierto entran los ladridos de los perros callejeros.

Un buen día dejé de contarle a Pablo las locuras que inventa dormido. Así, sin más, para nunca más. Con ello perdí el placer de narrar las historias más alucinantes, las más insólitas, las mejores historias jamás contadas. A cambio he

ganado un mundo, su mundo, el maravilloso mundo de los sueños. Para mí entero.

Desde entonces, desde que me convertí en la única dueña de sus secretos, me dejo llevar por sus desvaríos y así, cada noche, sobre mi cuerpo se alza un personaje nuevo y vivo con Pablo tantas vidas como él quiera concederme, le acompaño a las batallas que imagina, le asisto en el trance, soy su fiel escudero.

“ Yo también ya maúllo en las largas noches de verano. He hecho de sus sueños mi realidad. ”

Junto a él, he cazado mariposas en el salón, he bailado un rigodón sin música, he corrido los muebles, he tomado café sin café, he cortado una oreja. A menudo se sienta en la cama, con los ojos abiertos y la sonrisa ausente, y me viste y me desviste, dice cosas que no entiendo. La mayoría de las veces sale a la carrera, y yo tras él, tantea la pared hasta que encuentra la salida y me lleva muy lejos de aquí, dejando atrás la ciudad que a nuestro paso se derrumba; soy otras mujeres y hacemos el amor, yo también ya maúllo en las largas noches de verano. He hecho de sus sueños mi realidad.

Con el tiempo he aprendido a interpretar lo que sueña, a intuir sus problemas, a entender sus días. He llegado a conocer a Pablo por encima de todas las cosas. Más que una madre, más de lo que él sabe de sí mismo, más de lo que cualquier mujer pueda saber de su pareja.

Más que a mí misma. Por sus pesadillas puedo describir, punto por punto, qué le pasó en la oficina, qué cuentas no le cuadran, qué llaves ha perdido, qué calla para no hacerme sufrir.

También sé hacer la operación inversa: por lo que le pasó durante el día puedo adivinar sus sueños. Ahora mismo puedo contar, con sólo escuchar sus pasos, cuántos rayos caerán esta madrugada en su paisaje, qué color de pelo tendré

esta vez, qué hará conmigo después de lavarse los dientes, de decirme que me quiere, de darme las buenas noches. Sé dónde irá.

Hoy, una vez más, por sus suspiros, por su manera de mesarse el cabello, por su tono de voz, intuyo claramente lo que va a soñar, cómo saldrá corriendo, por dónde querrá escapar. Me dice que es tarde, que está cansado, que ha sido un día raro, que hace demasiado calor, que se va a la cama ya. Sonriendo, me acerco a él, le acaricio la cara, le miro, lenta, con amor. Le acompaño al dormitorio, me acuesto a su lado. Apago la luz. A oscuras, le beso. Me despido de él.

He dejado abierta la puerta del balcón.



Carmen Camacho

(Alcaudete, Jaén, 1976).

Escritora y periodista, colabora en revistas de poesía y creación. Sus relatos están recogidos en varias antologías,

como *Microscopios Eróticos* (2006), *Banda Aparte* (2005) o *Literatur. Narrativa Breve* (2006). Ha coordinado la parte de poesía de *Literatura Joven de Andalucía*, editada por la Universidad México.